

quienes trataba de compatriotas y cuyo idioma hablaba con predilección, llegó á reunir tal cantidad de libros, que pudo finalmente formar una biblioteca de más de veinte mil volúmenes (1). El Emperador autorizó la fundación de su escuela de matemáticas, cerca de la puerta de Golo, en el sitio que hoy ocupa el antiguo colegio de San Laureano. Reunió, pues, don Fernando cerca de sí sabios (eclesiásticos la mayor parte) no ménos eminentes por la erudición que por la piedad. Los oficios, el estudio y la enseñanza absorbían todo el tiempo de que disponían. Su único descanso consistía en paseos académicos, en discusiones sostenidas debajo de las sombras de los bosques á semejanza de los peripatéticos. Al objeto de procurar á Sevilla la comodidad de la sombra y la frescura de una abundante vegetación, y de amenizar el estudio y hacer agradable el camino que condujera al retiro que él hacía construir para su congregación literaria, hizo plantar cinco mil árboles en líneas rectas y formando varios dibujos.

Como su título de hijo, hermano y tío del Almirante de las Indias, de cuñado de la Vireina, y el favor imperial le obligaban á sostener cierto aparato en su posición social, tuvo cuidado de escoger para los mejores empleos de su casa á hombres cristianos y literatos. Vemos que entre la clase de sus familiares nobles tuvo dos franceses, doctores en derecho, borgoñones los dos. El primero, que murió asistido por él, se llamaba Juan Antonio de Fontaret, el otro Desiderio de Tavahon. Tenía también como familiares á Vicente de Monte y Pedro de Arana, su pariente por parte de su madre. Su primer bibliotecario, quizás sobrino del generoso Guardian de la Rábida, se llamaba el bachiller Juan Pérez. Su sueldo anual era de sesenta y dos ducados de oro. Estos pormenores indican que don Fernando hubiera podido figurar mucho en el mundo, en la Iglesia y en la Corte si hubiese aceptado alguna de las dignidades que la amistad del Emperador ofrecía á su elección. Comprendiendo empero muy pronto las cargas inherentes á la herencia de gloria y santidad que le fué transmitida, no procuró más que servir á Dios primeramente, y después á su patria de una manera excepcional; asegurando á España una gran superioridad marítima sobre las demás naciones. Para conseguirlo, perfeccionó la enseñanza de la hidrografía y cosmografía, y escribió acerca de la manera de descubrir y poblar en las Indias un tratado que ha quedado manuscrito (2). Redactó también una obra, dividida en tres libros, intitulada *Colon de Concordia*, que tampoco ha sido impresa. Como Fernando no sentía ningún estímulo por la celebridad, porque se hallaba bastante ensalzado con la fama paterna, no pensó en publicar sus obras. Ni siquiera se tomó la molestia de hacer imprimir su lacónica

(1) «... Enriqueciéndose de noticias y de libros, de que juntó número de más de veinte mil selectísimos en esta ciudad...»—Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares*, lib. IV, fól. 496.

(2) El título de este libro era: *Tratado sobre la forma de descubrir y poblar en las Indias*.

historia del Almirante, que dejó manuscrita, aunque la terminó más de cinco años antes de morir. Era tanta su humildad, que escribiendo la vida de aquel héroe del Evangelio de quien con justa causa se gloriaba de ser hijo, sólo le llama una vez su padre. El mismo Humboldt no ha podido dejar de observar esta excesiva modestia.

Los escritores que sospechan que Fernando sembró adrede la confusión acerca del origen de su padre, no tenían la menor idea de su vida piadosa ni de su completa renuncia del mundo. Si hubiesen conocido la sinceridad de su abnegación cristiana, habrían supuesto más natural y verosimilmente, que el orgullo castellano de su sobrino don Luis Colon, primer duque de Veraguas, hidalgo de raza, con sangre real en sus venas, por su madre, caballero galante, fastuoso y algo disipador, había corregido á su modo diversos pasajes del manuscrito de su tío, antes de entregarlo al patricio genoves Fornari, en 1568, es decir treinta y cuatro años después de su redacción, á fin de dejar de esta manera en una vaga incertidumbre la verdadera patria de Cristóbal Colon, y por consiguiente el origen de sus antepasados; pero jamás se habrían permitido atacar á un hombre cuya virtud colocaba muy por encima de esas calumniosas sospechas.

Al retirar don Fernando de los atractivos del mundo, de los afectos carnales las facultades poderosas de que estaba dotado, para dedicarlas únicamente al estudio de las ciencias y á la contemplación de la Naturaleza, llegó á poseer casi todos los conocimientos humanos. Era por la generalidad de su saber enciclopedia viviente. Por sí mismo ó por los que le rodeaban habría podido discutir *de omni re scibili*, porque tenía entre ellos políglotas, hebraizantes, doctores *in utroque*, astrónomos, naturalistas, físicos, geógrafos, teólogos y poetas versados en varias ciencias. Aquella vida de trabajo, oración y enseñanza, sometida á cierta regularidad claustral, consagrada á la asidua propagación de la ciencia, que aprovechaba al corazón de la juventud educándola para Dios, tenía secretas dulzuras en sus fatigas y monotonía. Fernando Colon había conseguido fundar, bajo el nombre de Colegio de matemáticas, una verdadera Academia imperial de ciencias; había logrado excitar la emulación de los estudios serios. Redactó una obra en cuatro tomos, que contenía el resumen de sus viajes y de los de su padre. Este trabajo, que fué su obra capital, sufrió la suerte de la mayor parte de sus escritos; no sólo se ha perdido, sino que hasta su título, copiado antiguamente en la inscripción de su sepulcro, borrada por el tiempo, se ha hecho completamente indescifrable. La indiferencia por la gloria personal hizo que don Fernando no cuidara de imprimir la colección de sus observaciones. Su abnegación hacía que evitase todo gasto en el cual no reconocía una inmediata utilidad general.

El hijo de Cristóbal Colon había aprendido de su padre á aprovechar el tiempo, cuyo valor conocía. Su vida era la de un hombre que no quiere ser sorprendido

por la muerte, ni presentarse con las manos vacías á la eternidad. Mientras así se entregaba á la noble expansion de la ciencia por amor del Cristo, vió debilitarse su complexion y sufrió algunos ataques, cuya gravedad conoció sin afectarse de pronto por sus consecuencias. Aunque no había cumplido los cincuenta y un años de su edad, y conservaba el vigor proporcionado á su robustez, había llegado para él la ancianidad, porque su madurez había comenzado en la juventud. El que trastorna la ley del tiempo sufre la pena de la infraccion de la ley eterna; porque sólo pertenece á la Providencia la inmunidad de la excepcion. Don Fernando había convertido la adolescencia en virilidad. Sus viajes, fatigas y vigiliás; su observacion continua y la prolongada aplicacion simultánea de todas sus facultades habían gastado los órganos de la inteligencia desde los trece años de su edad. Repentinamente se sintió herido en los manantiales de la vida, en medio de la tranquilidad de sus pacíficas ocupaciones. Con el valor de que había dado pruebas, siendo aún niño, luégo que se hubo cerciorado del peligro, dió gracias al Señor por haberse dignado avisarle la proximidad de su fin.

Cincuenta días ántes de llegar su última hora, «supo con su gran ciencia que debía morir,» y avisó á los compañeros de su cristiana soledad que le quedaba poco tiempo para estar con ellos (1). Reanimaba su valor, les preparaba para aquel suceso, les consolaba y exclamaba con el salmista: «*Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus!*» Hizo un exacto inventario de lo que poseía, y se aprovechó del plazo que le concedía la muerte para pagar pequeñas deudas, satisfacer escrúpulos de conciencia, y contemplar de cerca la eternidad en la que iba á entrar. Á la manera que antiguamente se solemnizaba con una gran comida de familia la fiesta de los desposorios, así quiso don Fernando celebrar sus desposorios con la muerte. Preparó un banquete de treinta y tres cubiertos para otros tantos pobres (2), á quienes sirvió él mismo, considerándoles como miembros de Jesucristo. Cuando por la extenuacion de sus fuerzas, desfalleció su voz, todavía continuó edificando con su ejemplo á sus compañeros.

Don Fernando redactó sus últimas disposiciones auxiliado por su amigo el licenciado Márkos Felipe á quien nombró su albacea.

Prohibió que se vistiera luto por su muerte, porque juzgaba que era más natural alegrarse de ella. Legó su rica biblioteca á su sobrino don Luis Colon, Almirante de las Indias, que la guardó cinco años en depósito, hasta que pudo ser trasladada

(1) «Cincuenta días antes que muriese supo que había de morir con su grande saber y llamó, á sus criados, y les dijo que poco había de estar con ellos en este mundo.»—*Carta de Sevilla escrita por Julio de 1539 á D. Luiz Colon, Almirante de las Indias.*—Coleccion de documentos inéditos para la historia de España, t. XIV, página 420.

(2) «Después que supo su muerte, dió de comer á 33 pobres y él mismo les sirvió á la mesa...»—*Carta de Sevilla escrita por Julio de 1539 á D. Luiz Colon, Almirante de las Indias.*

al convento de San Pablo bajo ciertas condiciones. El testador indicaba de qué manera podría aumentársela, con el concurso de los mercaderes genoveses, que en su cualidad de compatriotas (1), quisieran presentarse á facilitar la compra y transporte de los libros destinados á ella.

Don Fernando no olvidó ni los pobres, ni las iglesias, ni el convento de los Franciscanos de la Observancia en Roma, al que legó para celebrar misas tanto dinero como á todos los demas conventos juntos; porque, como su padre, profesaba intimo cariño á la Orden Seráfica. Proveyó tambien á las necesidades de sus servidores haciéndoles legados proporcionados á la duracion de su servicio, y con arreglo á esta equitativa distribucion Pedro de Arana, á pesar de su parentesco, obtuvo ménos recompensa que Vicente de Monte, quien contaba ocho años más de servicios.

Como el hijo de Colon no había cesado de encomendarse á Dios todos los instantes de su vida, se vió libre, como su padre, de los terrores del momento supremo. Deseaba tan vivamente poseer á su Criador en la vida eterna, que mandó hacer celebrar, el día de sus exequias, una misa en honra de los santos ángeles, con ornamentos blancos, para expresar su alegría y dar gracias á Dios porque le permitía salir tan pronto de la cárcel de este mundo (2).

Cuando llegó el día fatal, la muerte encontró á don Fernando preparado ya para recibirla. Apoderóse sin violencia de una presa que no hacia ningun esfuerzo para retardar su llegada. Sin embargo respetó sus facultades intelectuales. La vida se retiraba poco á poco. El agonizante, después de recibidos los últimos sacramentos, tenía conciencia de los progresos graduales de la muerte. Enfriábanse sus extremidades inferiores, la vida parecia refugiarse en el corazon. Dos horas ántes del último instante pidió don Fernando que le trajeran junto á la cama un plato lleno de tierra. Acudieron á sus deseos; pero ignoraban lo que queria hacer del plato. Mandó que le rociaran con ella la cabeza y el rostro; los que le asistían creyeron que deliraba, y nadie se movió para obedecerle. Apesadumbrado entonces por aquella desobediencia, hizo un esfuerzo, metió la mano en el plato, tomó un puñado de tierra, y se la echó en el rostro y ojos, pronunciando las palabras de la Iglesia: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris* (3). Esta

(1) «... Y porque razon de ser de la patria del fundador, le pide por merced le favorezca, etc.»—*Testamento otorgado en 12 de julio de 1539.*

(2) «Se diga una misa de los ángeles cantada con ornamentos blancos, para denotar el alegría que deve tener el que sale de carcel deste mundo.»—*Declaraciones del testamento de D. Hernando Colon que hizo su albacea y amigo el licenciado Márkos Felipe, relator de la Audiencia Real de grados de Sevilla.*—Coleccion de documentos inéditos para la historia de España, tomo XVI.

(3) «Dos horas antes que muriese demandó un plato de tierra, y trujéronlo que no sabian para que lo queria, y mandó que se la echassen en rostro, y pensando que no tenia sentido no echaban ninguna, y eno-

firmeza cristiana enterneció el corazón de todos los asistentes; en cuanto á él, separado ya del mundo, hablaba secretamente con el Señor cuya misericordia esperaba. Después, rompiendo repentinamente el silencio de la agonía, levantando los brazos al cielo, exclamó: TE DEUM LAUDAMUS! y su alma voló al cielo.

El reloj señalaba entonces poco más de las doce del día. Hallábanse presentes varias personas, entre otras, el sacerdote Juan Tirado, cura de la parroquia; el licenciado Márcos Felipe, su amigo; Pedro de Arana, su pariente, y el bachiller Juan Pérez, su bibliotecario, quienes figuraron como testigos en el acta de defunción, redactada una hora después (1) por el alcalde de Fuentes, asistido de cuatro notarios. Sucedió esto el 12 de julio de 1539.

Las Oficinas de Marina sintieron vivamente la pérdida del sabio y virtuoso don Fernando Colon, la primera notabilidad científica de España. Los Franciscanos lloraban en él al hijo de Cristóbal Colon; los pobres, un bienhechor; los profesores un modelo y un protector. Toda la ciudad comprendía cuánto perjudicaría aquella muerte al Colegio de matemáticas, Academia organizada por sus cuidados, así como á los establecimientos literarios que debían formar sus coadjutores, y sobre todo á las obras que en los muelles y paseos tenía proyectadas. Su muerte fué un luto público. Se celebraron sus exequias con tanta pompa, que fué después imposible excederla en las de los príncipes y hasta cuando se celebraron las de la Emperatriz (2).

Así desapareció el último miembro de la familia de Colon, que tuvo la dicha de amar y servir al descubridor del Nuevo Mundo.

Siéntese cierta religiosa admiración al repasar la vida tan pura de don Fernando Colon, la carrera de su hermano mayor, el segundo Almirante de las Indias, incesantemente llena de obstáculos; al recordar á sus dos tíos don Bartolomé y don Diego, fieles auxiliares del Heraldo de la cruz, al reconocer que cada uno de esos hombres, grande ya por sí mismo, más grande aún por las contrariedades, conserva su gloria individual, no obstante la deslumbradora proximidad del inventor del Nuevo Mundo, y presenta el ejemplo de las más elevadas virtudes y el modelo de los más humildes deberes. En vano se buscaría todo esto en otras biografías; la historia no muestra dos veces tal patrimonio de virtud tan fielmente conservado

jóse, y metió la mano en el plato, y hinchó el puño y echóse la encima del rostro y de los ojos diciendo en latín, etc...»—*Carta de Sevilla escrita por Julio de 1539 á D. Luiz Colon, Almirante de las Indias.*

(1) «El licenciado Márcos Felipe relator de los grados, diciendo ser fallecido dicho Colon había una hora (según tres deponen de vista, Juan Tirado, presbytero, Pedro de Arana, Bachiller Juan Perez).»—*Colección de documentos inéditos para la historia de España, tomo XVI.*

(2) «... Fué tan devota y solemne que por ningún príncipe ni por la Emperatriz nuestra Señora, se dijo ni hizo más.»—*Declaraciones del Testamento de D. Hernando Colon que hizo su albacea y amigo el licenciado Márcos Felipe relator de la Audiencia Real de grados de Sevilla.*—Véanse los artículos 6 y 10 del extracto por el albacea.

como felizmente transmitido. Cualquiera que observe con atención no quedará ménos asombrado del privilegio de superioridad moral concedido á esa familia, que del carácter claramente providencial de Cristóbal Colon. Parece que verdaderamente desciende una bendición del cielo sobre el noble tronco del humilde obrero genoves. El heroísmo de su raza eclipsa las virtudes humanas. Al rededor de ese prodigio de sublimidad ofrece su familia fenómenos constantes de grandeza. Al extinguirse Cristóbal Colon, aquel glorioso meteoro, deja después de sí como huella luminosa, el ejemplo de sus hermanos, la excelencia de sus hijos. Muy pronto se disipa la duda cuando, por la intuición se intenta penetrar más allá de las apariencias, á fin de comprender en su origen el prodigio de esa especie de predestinación. Es preciso humillar el orgullo y respetar y admirar los designios de la Providencia. Créese ver el origen de esos favores misteriosos remontándose hasta la oscuridad de la callejuela Mulcento, como para recompensar por sus hijos la fe del Justo que sirvió á Dios con todo su corazón, en el trabajo y la pobreza. Al contemplar el cuadro de esa familia cristiana en sus tres generaciones, se hace imposible no sentirse conmovido como al aspecto de la santidad; y no reconocer, en medio de las maravillas de la Gracia, el cumplimiento de la palabra eterna de la Sagrada Escritura: bendita será la posteridad de los Justos, *generatio rectorum benedicetur.*

## LOS AMIGOS PÓSTUMOS DE CRISTÓBAL COLON.

### § I.

El hombre que durante el curso de su vida no tuvo per amigos fieles más que dos frailes, cuenta ahora, después de tres siglos de indiferencia, con vivas simpatías en todos los Estados católicos. Á la manera que una madre no se engaña generalmente acerca de su hijo, reconoce sus cualidades, le estima en lo justo, y le conserva un puesto en su corazón, en los mismos momentos que todos le abandonan; así también ha conservado el Papado una tierna solicitud por la gloria de su hijo Cristóbal Colon. La Santa Sede, imitada por el cardenalato romano, ha sido la única que ha impedido que la misma Italia olvidara el honor de haber sido la cuna de ese héroe del Evangelio.

Al terminar hoy esta biografía tan reducida, nos parece preferible inscribir aquí, en lugar de un epitafio á Colon, el nombre de sus principales admiradores,